# OBSOLESCENCIA PROGRAMADA

Manuel Cantón

1887 / 11

1906 / 55

1935 / 87

1951 / 103

1974 / 155

2002 / 253

Todas las construcciones del pasado, ya sea remoto o reciente (...) se hacen a través de esquemas ciertos (residuos sólidos, experiencia directa) y material inventado ("partes blandas", lo que hemos llamado "ficción consensuada").

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO, *Teoría general de la basura*.

La tradición de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.

KARL MARX, *18 de Brumario*.

La historia es primero un drama, después un museo.

FLAVIA CALISE, *Mientras te llamo diseño mi tumba*.

1887

# I

El acto transcurre igual que siempre.

Empujo la camilla hacia el centro del escenario. La rueda delantera chirría. Un hombre grita, al fondo de la sala, y otro hombre ríe. Todavía están emocionados por el número de las chicas y por el monólogo de Scarpatti. Se sienten alegres, pero detrás de esa alegría tienen miedo. Eso les gusta. Eso vinieron a buscar.

Cuando la camilla llega al centro, la hago girar. Queda perpendicular al escenario, como una flecha. Entonces trabo la palanca y levanto el cuerpo.

El público calla.

Comienzo mi discurso. Digo que el hombre ha conquistado el mundo. Ha conquistado las montañas más altas y las selvas más densas; ha conquistado el aire, el agua, el fuego y la tierra; ha conquistado el mar y ha conquistado el desierto. Solo le queda, entonces, conquistar la muerte.

Los hombres no entienden, o entienden apenas. Casi todos son italianos. Señalo a uno, en la primera fila, y le indico que suba. Es un tano fornido, como todos ellos, con los antebrazos anchos y la gorra calada hasta las orejas. Su ropa está sucia y mal mantenida. Trepa al escenario como si subiera a un ring.

Le pido al tano que certifique, frente a todos los presentes, que el cuerpo está muerto. El tano lo mira. Toca la piel fría y

lo husmea con su nariz de bebedor. Después se voltea y hace un gesto terminante con su mano derecha. Grita: «¡*Morto*!».

Los amigos del tano, en primera fila, le responden en su lengua. Él asiente y sonríe. Mientras tanto giro alrededor del cuerpo y me acerco al borde del escenario. El tano queda encerrado entre el cuerpo y yo. Ahora es parte del acto.

Le pregunto al tano, aunque en realidad le pregunto al público, cómo puede estar seguro. Le digo que hay pócimas, actores y trastornos. Hablo de la catatonia y del elixir de quinina. Hablo lo suficiente como para hacerlo dudar, incluso aunque no me entienda.

Entonces hago una pausa, lo miro y doy una bofetada al aire. El tano comprende mi ejemplo.

El primer bofetazo es leve, casi tímido. El cuerpo apenas se mueve. El segundo, con el dorso de la mano, impacta con mayor certeza. Todo el teatro –si es que ese sótano viciado, a metros del puerto, puede ser considerado un teatro– escucha el ruido húmedo de la carne siendo aporreada sin resistencia. Es el mismo ruido que hace un bife grueso cuando un carnicero desganado lo lanza contra su tabla.

Los amigos piden más, y el tano consiente. Golpea con la palma y con el dorso. La cabeza del cuerpo oscila de un lado al otro como una cosa que pende. El público festeja cada golpe.

Digo basta.

Agradezco al tano y lo hago bajar. Sus amigos lo reciben como a un héroe, le gritan y lo palmean. Entonces Scarpatti empuja, desde las bambalinas, la mesa con el disco de Faraday. Lo miran con una mezcla de temor e intriga. Incluso ellos notan que el aparato es rudimentario. Pero también lo es la guillotina, y no por eso la gente le teme menos.

Hago girar la manivela. Hablo entonces de Zeus, de Thor, de Moisés. Hablo del rayo y de las potencias secretas del cuerpo humano. Hablo de Galvani, Volta y Ampére, domadores de espectros.

El disco toma velocidad.

Empiezo a sudar debajo de la camisa. Eso indica que la carga es suficiente. Entonces tomo un cable y lo conecto con una pinza a la oreja derecha. Antes de conectar el otro, afirmo la cabeza con una correa al centro de la camilla.

Quiero que vean. Para eso pagaron sus cinco centavos. Esos hombres valoran mucho su dinero; lo ganaron con el sudor de su frente, acarreando bolsas y bolsas de trigo. Buscan un espectáculo.

Conecto el segundo cable.

Ya no me vuelvo a mirar. Conozco demasiado bien los gestos diabólicos de los reanimados. Los ojos saltones, las lágrimas cargadas, la sonrisa filosa, el ceño fruncido. Si, como dicen algunos, esa expresión transmite algo de la otra vida, no es un pronóstico alentador. El rostro de los reanimados solo puede ser el rostro de un sufriente.

El público grita. Hay júbilo, hay miedo, hay indignación. Hay sorpresa. Eso es lo de siempre.

Pero entonces aparece lo insólito. Escucho el grito.

Lo más extraño: es un grito de mujer. O de niña, quizás. Eso ya es inusual. Pero, para peor, es un grito como nunca escuché antes, un grito desgarrado de horror puro, un grito que nadie debería poder emitir para después seguir con vida. Algo en la voz se quiebra, como un espejo que cae al suelo o una soga que se deshilacha de golpe. Si los reanimados pudieran gritar, pienso, esa sería su voz.

El público calla.

Scarpatti abanica a la niña con su sombrero. Es una muchacha morena, de unos once o doce años. Viste harapos y tiene el cabello pegoteado por la mugre y el sudor. Parece uno de los rufianes que juegan en pandilla cerca del puerto, todos mendigos o carteristas. Está descalza.

Eduarda, una de las chicas del primer acto, busca un vaso de agua en la cocina. Después moja sus dedos y los pasa por el cuello y las sienes de la niña. Pobrecilla, murmura.

El público nos rodea con expectativa. Ellos planearon una noche larga. No quieren que el desmayo de una expósita interrumpa sus planes.

—Ayuda —dice Scarpatti, mientras pasa sus manos por las axilas de la niña.

Tomo sus tobillos: son delgados y huesudos. Sus pies negros están llenos de ampollas y heridas mal curadas. A la señal de Scarpatti, levanto las piernas de la niña, y ella queda suspendida en el aire. Después la llevamos al cuartucho donde guardamos los trajes y los objetos de utilería.

La colocamos en el suelo, con la cabeza sobre un abrigo de invierno. Después la dejamos al cuidado de Eduarda mientras vaciamos el escenario. Con la niña dentro, no hay lugar para mi camilla ni para mi disco, así que tengo que conformarme con abandonarlos en el pasillo interior. No creo que nadie los robe, pero nunca se sabe. Morbosos hay en todas partes.

—¿Cómo entró? —pregunto a Eduarda.

Ella se encoge de hombros. Mira a la niña con la ternura de una madre. Me pregunto si Eduarda tiene hijos en casa;

si tiene hijos que atiende después de mostrarles sus piernas a todos los estibadores de La Boca, y –si es cierto lo que dicen– de mostrarle algo más a algún privilegiado solvente, en el callejón detrás del teatro.

—Mirá, se está despertando —dice Eduarda.

La niña abre los ojos. Tiene, como todos los niños hambrientos, los ojos demasiado grandes para su rostro.

No habla enseguida. Mira a un lado y al otro, como si evaluara la situación. Hay algo felino en sus movimientos, algo rapaz. Se toca la nuca –debe dolerle: cayó redonda hacia atrás– y después la cara. Observa brevemente la sonrisa matrona de Eduarda. No le da importancia.

Después sus ojos se encuentran con los míos. Veo cómo la sospecha se convierte lentamente en reconocimiento, y después, en odio. Su rostro pierde toda mansedumbre y se convierte en el de un animal salvaje y apresado.

Entonces la niña me escupe.

El gargajo me da pleno sobre los labios. Siento que una parte entra en mi boca; es denso, salado y flemoso. Me transmite un escalofrío y una leve sensación de enfermedad. Escupo al suelo para expulsarlo y después, por reflejo, cacheteo a la niña con mi mano derecha. Ella ataja el golpe con un movimiento de cuello –un movimiento entrenado, habitual– y reduce casi todo su impacto.

—¡Asesino! —grita.

La niña se lanza sobre mí. Usa sus uñas largas y mugrientas como garras, y alcanza a marcarme el cuello y el rostro de un zarpazo. Yo la empujo de vuelta al suelo y contengo sus brazos con el peso de mi cuerpo.

—Eduarda, soga.

Eduarda es expeditiva. Encuentra rápidamente un trozo de tela de más de un metro, un listón perdido de quién sabe qué vestuario, y lo ata a la muñeca derecha de la niña. Después la volteo, no sin lucha, y Eduarda se ocupa de la muñeca izquierda.

—Está loca —dice Eduarda.

En ese momento entra Scarpatti. El escenario ya debe estar ocupado por la banda de Solano.

—¿Que pasa? Los gritos se escuchan desde el salón.

Scarpatti mira el gargajo sobre mis labios, los rasguñones sobre mi rostro, y a la niña inmovilizada en el suelo. Entonces se persigna dos veces y besa sus dedos.

—La niña me atacó —digo, mientras limpio mi cara con el pañuelo. Siento el tacto cálido de la sangre y el moco.

—¡Perro asesino!

La niña lanza otro escupitajo, que esta vez no da en el blanco y aterriza manso sobre un banquillo de madera. Es igual de flemoso que el anterior, y creo incluso detectar algunas pintas rojas. Indica una neumonía, en el mejor de los casos, aunque por las circunstancias no me atrevería a descartar tuberculosis.

Eduarda alcanza a la niña con un coscorrón en la nuca. Eso la serena. Entonces se dirige a Scarpatti, en quien reconoce algún tipo de autoridad.

—¡Mató a mi padre! —dice.

Scarpatti me mira con claridad súbita. No sospecha, pero entiende.

—¿De dónde lo ha sacado? —pregunta Scarpatti, con la espalda apoyada contra la puerta del cuartucho. Mira el cuerpo de reojo.

—De donde siempre.

—¿Alonso? ¿Un mendigo?

Le cuento a Scarpatti lo poco que sé del cuerpo. La policía lo encontró en la mañana del viernes, frío, duro y con el rostro hundido en un charco. Un borracho contumaz, casi seguro. Llegó a Chacarita esa misma noche. Alonso apartó su ficha y me mandó a llamar. Cobró su tarifa habitual.

—*Porca madonna* —dice Scarpatti, quien para maldecir usa siempre la lengua de sus padres—. ¿Cómo se llama?

—No sé. Nunca pregunto.

Scarpatti besa la medalla que lleva en su cuello. Es un hombre supersticioso: antes de su acto –un monólogo intraducible que pasa por boletín de asuntos de interés general–, reza siempre un rosario entero.

Me pregunta qué sigue. Es la primera vez que Scarpatti se interesa por esa parte del proceso. Para él, los cuerpos son –como para mí– utilería. Llegan para el acto y se van cuando termina. Recién esa noche entiende que su gestión puede ser un poco más compleja que la de las enaguas de Eduarda.

—Lo cargo en el carro y lo llevo a Chacarita. Ahí Alonso lo recibe y le da sepultura.

—De acuerdo, está bien —responde Scarpatti—. Haga eso, pero llévese a la niña. Merece estar presente en el entierro de su padre.

Muy a mi pesar, hago un mohín de disgusto. Sé que no servirá para nada. Si quiero volver a actuar en el teatro de Scarpatti, tengo que consentirlo. No sería la primera vez: como todos los italianos, es un hombre volátil y caprichoso.

—Bueno, pero primero mi parte —digo.

Scarpatti asiente con expresión caritativa. Rápidamente se desliza hacia el salón; vuelve con la caja de madera azul donde

guarda las monedas de los obreros. Mientras camina, la caja hace un ruido metálico, rítmico. No sé por qué Scarpatti decidió pintarla de ese color tan estridente. Para no confundirla con otra, supongo.

La abre, le echa una mirada profesional y hace una cuenta rápida.

—Tome, cinco pesos —dice—. Ahora vaya.

Guardo las monedas en mi bolsa y las escucho golpetear contra el resto. Me dispongo entonces a terminar con el asunto lo más rápido posible. Empujo la camilla hasta la puerta trasera, que da al callejón, y después acerco el carro. Bajo el tablón que hace de rampa. Amparado por la noche, subo el cuerpo al carro. Mondongo acepta la carga con un relincho.

Antes de volver a entrar, me limpio el sudor con mi pañuelo. Me encuentro por sorpresa con el gargajo, que otra vez cubre mi rostro con su textura enferma.

—Qué hija de puta —susurro, mientras me limpio compulsivamente con la manga del saco. Sé que antes del próximo acto tendré que sumergirla en agua con jabón. Ese trabajo leve ya me agobia.

Abro la puerta y encuentro a Eduarda sentada en el suelo, conversando con la niña. Intenta acariciarle el cabello, pero su consistencia de mazacote la rechaza. La niña gimotea sin llorar. Antes de acercarme, me cercioro de que siga atada.

—Vamos —le digo.

La niña no responde. Me mira con descaro, como si nadie le hubiera enseñado la vergüenza.

No estoy de humor para dar explicaciones. La tomo de los hombros y la pongo de pie, con las manos aún atadas sobre la espalda. Después la arrastro hasta la puerta trasera. Cuando

la suelto para abrirla, la niña no corre ni se amotina. Buena señal.

La subo a la parte trasera del carro, junto al cuerpo de su padre, trabo la barrera y corro la cortina. Después monto el pescante. Nada le impediría arrojarse del carro en movimiento si quisiera, pienso, pero en ese caso ya no sería mi problema. La obediencia a Scarpatti solo vale hasta cierto punto.

Azoto a Mondongo y él comienza su trote. Casi no necesita dirección: conoce el camino de memoria. Sale del callejón trazando un giro elegante y después toma la primera calle que encuentra en dirección norte. La luz débil de las farolas a gas apenas ilumina el camino.

Hace frío. El traqueteo del carro me adormece. Durante cerca de una hora, mi trabajo apenas consiste en vigilar que Mondongo no pierda el rumbo. Nunca lo hace. Pronto dejamos atrás las calles oscuras y pobladas de La Boca, y tomamos dirección oeste. Ahí ya no hay gente. Solo los pobres andan a pie a estas horas.

En Balvanera la ciudad ya es poco más que una barriada. Entonces las farolas se hacen más espaciadas, y finalmente, antes de llegar a Palermo, desaparecen. El camino se torna oscuro, pero pronto los ojos se acostumbran a la luz de luna. Está en su fase gibosa. El carro hace sombra contra la tierra.

Llegamos a Chacarita a eso de las tres de la mañana. Entonces tiro de la rienda y Mondongo se detiene. Bajo del pescante y me acerco a la puerta. Alonso no se ve por ningún lado.

Toco la campana.

Un grito ruge desde detrás del portón.

—¡Voy! —dice.

Veo primero la luz tenue de una linterna, que se cuela entre las rendijas. Después oigo un ruido de cerrojos y cadenas.

—Ah, es usted —dice Alonso, vagamente decepcionado, mientras abre el portón. Tiene el rostro hinchado y el aliento alcohólico.

Vuelvo al carro, tomo a Mondongo del bozal y lo guío a través del portón. Sus herraduras hacen eco contra la piedra desierta del cementerio. Adelante, Alonso nos guía con la luz de su linterna. Arrastra su pala con ruido bélico.

—¿Qué tal la función? —pregunta Alonso sin interés.

—Normal. ¿La noche?

—Tranquila —dice Alonso—. Aquí nadie me molesta. Salvo usted, por supuesto.

Entonces llegamos a la fosa común. Detengo a Mondongo y Alonso va hacia la parte trasera del carro. Deja su linterna en el suelo y corre las cortinas.

Oigo un grito.

Es Alonso. Corro en su auxilio. Lo veo rodar por el suelo, enfrascado en la lucha con una sombra. Han derribado la linterna; pelean a oscuras. Reconozco a la niña únicamente por el brillo del listón que le ata las manos. La tomo del cabello y tiro hacia arriba.

—¡Demonio! —dice Alonso. Veo que se toma la mano derecha y se la lleva hacia el estómago. Hace ruidos de dolor—. ¿Qué es eso?

—La hija. Apareció en la función, quién sabe cómo. Scarpatti creyó que merecía ver el entierro de su padre.

—Tiene los dientes de un tigre —dice Alonso mientras juega con sus cerillos. Pronto la linterna arde otra vez.

Alonso examina su mano. Pequeñas heridas recorren su palma en perfecto semicírculo.

—Salvaje… —dice, vagamente asombrado. Entonces se acerca a nosotros. Toma su pala del suelo, con la mano izquierda, y la sostiene casi desde la plancha.

El primer garrotazo impacta sobre el hombro de la niña. Hace un ruido sordo. Inmediatamente ella se arroja al suelo y esconde la cabeza entre los hombros. El segundo golpe da sobre su espalda. Es tan fuerte que me sorprende que el mango no se quiebre

—Suficiente —digo.

Alonso se detiene y me mira extrañado. La niña descubre su cabeza. Tiene los ojos de fuego.

Decido continuar con el entierro, la única forma de preservar la paz. Subo al carro, coloco la rampa y empujo la camilla hasta el borde de la fosa. La rueda delantera chirría de manera atroz. Cuando llego al borde, suelto los correajes y empujo el cuerpo, que cae pesado y se despeña hasta el fondo.

Alonso deja la linterna junto a mí y da un par de paladas. En cada una gime como un perro hambriento. La mano le molesta y sus gemidos me molestan a mí.

—Déjeme —digo.

Cubro el cuerpo de tierra; no demoro más que unos minutos. Desde el otro lado de la fosa, sentada con la espalda contra la rueda del carro, la niña me mira. Sus ojos brillan como dos lunas.

Alonso nos acompaña hasta el portón. Gimotea como una mujer. De alguna forma produjo un pañuelo sucio y negruzco que usa para cubrir su herida. Pienso que, para sepulturero, es demasiado quejoso y frágil, pero luego me respondo que quizás es su trabajo el que lo ha dejado así.

Pasa largas horas solo en el cementerio, durante la noche. Su única compañía son las ratas y los saqueadores. Es lógico que se parezca un poco a ambos.

—La próxima venga sin la criatura —dice Alonso, mientras cierra el portón. Esa es toda su despedida.

La niña continúa atada, pero se conduce como si se hubiera olvidado de ello. Husmea el aire abriendo y cerrando las narinas. De todas formas decido que ya es hora. Busco mi navaja en el carro y libero sus manos.

—Ya está —digo—. Váyase.

La niña se pasa las manos por las muñecas y abre y cierra los dedos. Rápidamente recupera la circulación. Después mira a su alrededor. Su vista no llega lejos: a los pocos metros, la negrura de la noche esconde cualquier indicio.

Veo un breve destello de miedo en sus ojos. La oscuridad puede alojar cualquier pesadilla; incluso las pesadillas infantiles, que son las peores.

Trepo al pescante y tomo el látigo. La niña empieza a caminar por el sendero de tierra; sus pasos no hacen ningún ruido. Recuerdo que está descalza.

Finalmente cedo.

—¿Tiene donde dormir esta noche? —pregunto.

La niña se detiene. Apenas puedo verla, recortada en blanco por la luz de la luna. Hace un gesto con los hombros. Significa: no, pero qué más da.

—Suba entonces.

## II

La mosca levanta vuelo, hace una espiral y vuelve a posarse sobre el pie de la niña. Su aterrizaje parece alentar el despegue de otras, que la imitan con cabriolas en el aire. A la luz del sol, que se cuela por la ventana del patio, toman el color plata de la bisutería de mala calidad. La niña no las nota. Ronca.

Apenas pude pegar un ojo en toda la noche. La presencia indeleble de la niña, durmiendo a pierna suelta en el sofá, me mantuvo en vela. No estoy acostumbrado a compartir el sueño. Con los años, mi cuarto se ha convertido en un lugar eminentemente solitario, una extensión de mi propia cabeza. Solo entran los libros, por supuesto, y cada tanto doña Encarnación, siempre bajo mi tutela.

La pava chifla. Bebo el primer mate de la mañana, y paso del vuelo plateado de las moscas a la página parda de mi libro. Dillaye discute los mejores modos de preparar gelatino-bromuro. Parece ser infinitamente superior al colodión húmedo; promete reducir los tiempos de exposición a una cuarta parte. Eso debe ser lo que usa Witcomb.

Entonces siento una inquietud.

Levanto lentamente los ojos de la página. Veo que, en el sillón, la niña ya está despierta, aunque apenas se ha movido. Me mira con rostro hambriento.

—¿Mate?

La niña se levanta, se acerca a la mesa y se sienta frente a mí. A la luz del día su aspecto es aún más calamitoso. Veo los piojos correr libres por su cabeza; tiene, junto a la boca y en el cuello, pegotes de mugre que parecen estar ahí desde hace semanas. Me pregunto qué clase de padre fue el suyo, y llego a la conclusión de que, más allá de las circunstancias, no debe haber sido uno bueno.

Corro un par de libros de la mesa –Mason, Hugo– y alcanzo el mate a la niña. Bebe con fruición. Cuando me devuelve el porongo, noto que una burbuja de agua y saliva brota de la punta de la bombilla. La limpio con el pañuelo y cebo otro.

—Uno más y salimos —digo.

La niña asiente y recibe el mate con las dos manos. Son excesivamente grandes para una persona de su tamaño; es un indicio de que le falta mucho por crecer. Entonces recuerdo el ataque de sus garras de bestia y me toco levemente el rostro. Siento ahí la textura rugosa de una costra recién formada, y resisto al deseo de rascarme.

—¿Tu nombre? —digo de pronto.

—Benedeta —responde la niña, mientras devuelve el mate y no la pregunta.

Mondongo pasta en la vereda con expresión ausente. Es domingo y el día está soleado. La calle está poblada de mercaderes y mendigos, de oficiantes, obreros y arribistas. Todos tienen un lugar a donde ir, y eso hace que el avance se vuelva lento y dificultoso.

No es día para el carro: el gentío lo hace imposible. Tardamos casi una hora en caminar las pocas cuadras hasta la Casa de Niños Expósitos.

La puerta está abierta. Un grupo de chiquillos, de entre cuatro y ocho años, corretea desde el patio hasta la vereda. Su ropa está remendada y no siempre da el talle, pero se los nota aseados con rigor institucional. Pronto una monja sale para arrearlos hasta adentro. Nos ve al instante, pero antes de atendernos se ocupa de sus tutelados. Los dirige con voz fuerte y segura.

Cuando ve que su trabajo está hecho, la monja se dirige directamente hacia mí.

—¿Puedo ayudarlo?

Habla con voz suave y servil, pero en su gesto y su mirada reconozco cierto desafío. La monja tiene un rostro hermoso, aunque de una manera pétrea y rígida; debe tener poco más que veinte años. No me sorprendería que fuera una de las ordenadas después de la epidemia. Las gianellinas se ganaron su buen nombre durante los meses de la fiebre.

—Ayer encontré a esta niña. Es huérfana, hasta dónde yo sé.

—Acompáñeme.

La monja entra a la casa y nos guía por un laberinto de puertas, escaleras y pasillos. La seguimos con dificultad; ella nunca se voltea a vernos. Eventualmente nos encontramos con otra mujer en sus mismos hábitos. Es vieja, gruesa y tiene los hombros caídos, pero es evidente que todo ese lugar orbita alrededor de su presencia cansada.

Las monjas cuchichean a la distancia. Después de unos segundos, la más vieja se acerca a mí.

—¿Así que quiere dejarnos a la niña?

—Sí. Benedeta, se llama.

—¿Qué edad tiene? Ya está bastante crecidita.